

los demas; el orgullo, la avaricia, la crueldad y la lujuria. El orgullo se manifestó hasta la demencia en la pasion de los reyes por las genealogías divinas, en el porte de vida, y en las bravatas ridículas del escepticismo por las que se igualaban á los dioses: la avaricia se personificó en el usurero; y el procónsul romano, despojando unas provincias y asolando otras, no tenia rubor, como Scipion, Salustio y Verro, de ostentar el lujo escandaloso de sus rapiñas. La crueldad formaba asimismo el fondo de carácter de la antigüedad: las inclinaciones salvajes de la indiferencia hácia la miseria, el infortunio y el sufrimiento; los azotes, las cadenas y la cruz para los esclavos, que formaban los dos tercios del género humano; los espectáculos bárbaros, donde millares de hombres se degollaban por entretener al pueblo; el saqueo de las ciudades vencidas; el esterminio ó la esclavitud de los pueblos conquistados: todo esto constituia el estado normal de la sociedad del antiguo mundo, identificado ademas con la pasion de la lujuria. Las costumbres de los hombres no podian menos que estar en armonía con las de los dioses; y habia un perfecto acuerdo en la corrupcion del cielo y la tierra. Sodoma y Gomorra, Nínive y Babilonia, Antioquía y Corintio, &c., no se hicieron célebres sino por su perversion; las bacanales y saturnales, los misterios de Ceres y de Cibeles, cítanse como el tipo del desórden y disolucion, elevados al rango de lo sagrado. Herodoto refiere que las mujeres se prostituian públicamente en el templo de Venus en Babilonia,¹ y Strabon dice que en el templo de la misma diosa en Corintio contaba como propiedad mas de mil prostitutas, sacerdotisas ó esclavas. En la Armenia las familias mas ilustres consagraban á sus hijas vírgenes á la diosa impúdica.² Todo esto no era sino resultado forzoso de las tendencias naturales, y era forzoso que el hombre separado de Dios, se deshonrase á sí mismo y ultrajase su naturaleza al ultrajar

1 Herodoto, Lib. 5º

2 Luciano.

su dignidad. Entregado á sus depravados sentidos, concibió un sinnúmero de deseos incalificables, cometió actos contra la naturaleza sin el menor horror: la mas esquisita delicadeza no se ofendia de aquellas costumbres, y se vió á la filosofía severa jugar con esas monstruosidades. Virgilio, Horacio y Tibulo las cantaron; el mismo Sócrates fué acusado: Ciceron se acusa de tales excesos en su hermoso tratado de *La naturaleza de los dioses*; y el grave Caton fué convencido de que fueron su pasion dominante.

¡Júzguese por lo dicho de la intensidad y estension que tenia la lepra que consumia al género humano! Inoculada esa lepra con la desobediencia primera, no cesó de cundir, para que se hiciese palpable la impotencia del género humano para curarla, á pesar del perfeccionamiento á que llegó en las ciencias y las artes, cuyos adelantos lejos de atajar el mal le favorecian; porque los siglos mas civilizados (como lo demostró Rousseau en su famoso é irrefutable discurso, coronado por la academia de Dijon) fueron los mas corrompidos, ó los mas cercanos á la corrupcion. Por último, para completar la prueba, ábrese con el siglo tan ilustrado de Augusto, una era tal de decadencia, que sin necesidad de un nuevo diluvio, la sociedad se hubiera anonadado en la podredumbre, si continuara entregada á sus propios destinos.

Fáltanos ahora esplicar, cómo el reino de Satanás, entrando la anarquía moral, debia engendrar, por última y necesaria consecuencia, el despotismo de la fuerza material.

El primer efecto de una libertad sin otra regla que un capricho individual, falible y depravado, es decir, sin regla segura, es el de destruir, por la diversidad de sus actos, la igualdad de los séres libres. Los que obrasen con mas cordura, violando menos las leyes de la naturaleza, serian mas fuertes; entretanto que los mas ignorantes, atacando los principios de la constitucion al minarla con sus excesos, se harian mas débiles. El segundo efecto de una libertad desarreglada es el de aniquilar la fraternidad; porque tal libertad, se-

ñalándose por actos injustos que violan los derechos de los otros seres libres, no puede menos que escitar el odio de los agraviados: el hombre en este caso no ve en su semejante un hermano benéfico, sino un enemigo temible; el hombre, recordando la enérgica espresion de Hobbes, ve un lobo en vez de otro hombre: y luego que la inhumanidad y desigualdad hayan aparecido sobre la tierra, será imposible que respeten la libertad que las engendró; siendo el tercer y último efecto de la libertad de que tratamos indigna en verdad de tan grato nombre, la destruccion de toda libertad. Desde el instante que se establezca la desigualdad entre débiles y fuertes, y que el amor no arregle las relaciones mutuas, comenzarán las disensiones, y el resultado no puede ser dudoso. Dos poderosos móviles escitarán á los fuertes á arrebatarse la libertad á los débiles; el deseo de librarse de una libertad incómoda, y la tentacion de confiscarla para hacerla servir al orgullo y bienestar: y se puede predecir desde luego que los poderosos no resistirán á esos móviles tan enérgicos, que por otra parte no tienen el contrapeso suficiente. Nosotros siempre tendremos como un axioma irrefragable, que toda libertad incierta en sus actos y capaz de hacer el mal, aniquila la igualdad y la fraternidad, inmolándose en seguida con sus propias manos sobre el cadáver de sus dos nobles víctimas.

Estas esplicaciones sucintas bastan, á nuestro modo de ver, para que se comprenda cuáles debieron ser las consecuencias del reinado de Satanás. Separóse á Dios del gobierno del mundo; no hubo ya otra autoridad suficiente sobre las voluntades, y cada una quedó señora de sí misma, pero señora ciega en sus movimientos, vagando á la ventura por el soplo fatal y caprichoso del acaso ó de la fantasía; desarrollóse la anarquía mas completa, y por consiguiente, la confusion, el desórden, el choque y los padecimientos. No podia durar semejante situacion; y en vano los que se sentian víctimas se esforzaron en escogitar un remedio que minorase los males

y que trajese la paz sobre la tierra, procurando restablecer la sociedad por los medios con que podian contar. Impotentes para unir las voluntades directamente, trataron de ligarlas por medio del cuerpo, para obtener por la fuerza lo que no alcanzaba la autoridad de la palabra. Fundóse entonces la sociedad política; pero desgraciadamente los fundadores de esta sociedad no estaban mas seguros sobre la verdad moral que los demas hombres con los que discordaban, y por lo mismo no pudieron darla por base de sus instituciones. Animados por el egoismo, el terror y la utilidad particular fueron sus normas. Por miedo á la libertad falta de principios, la impusieron pesados lazos, ó la ahogaron bajo cadenas severísimas; y por un cálculo mas combinado con el interes particular que con el del comun, consagraron como derechos la desigualdad, la inhumanidad y la esclavitud, engendradas por el abuso de las vías de hecho. De esta suerte toda la sociedad antigua reposaba sobre la ley de la fuerza, sobre la servidumbre de los débiles á los poderosos, de las minorías á las mayorías, y de los vencidos á los vencedores. Una rápida mirada sobre aquellas sociedades bastará para convencernos plenamente. ¿Qué es, pues, lo que vemos? En la sociedad de la familia vése un jefe absoluto, el padre, que mira á sus hijos, no como un depósito sagrado que le fué confiado por el cielo, sino como un rebaño del que puede disponer á su agrado: el padre vendia á sus hijos, los esponia en los caminos, los arrojaba en un pozo, ó los mataba con sus propias manos; y todos estos actos estaban reconocidos por el derecho. En la sociedad conyugal el marido era todo y la mujer nada: ésta siempre en tutela y esclava; siempre envilecida, sufría en el hogar doméstico la presencia de muchas rivales, ó el divorcio tenia suspendida sobre su cabeza la espada de Damócles: sometida á todos los caprichos de su tirano, debia soportarlos sin quejarse, porque el marido tenia sobre ella el derecho de muerte. Sobre el mismo sistema se fundaba la sociedad civil: por un lado colocaba al hombre li-

bre, y por otro al esclavo. Este estaba privado de todos los derechos; no era reputado como persona, sino como cosa, mientras que su dueño tenía sobre él un derecho tan absoluto, que podía á su placer destrozarle el cuerpo, arrojarle á los viveros de pescados, ó hacerle espirar sobre una cruz. A su vez tambien el ciudadano libre sentia la ley del mas fuerte: anonadado con relacion á la sociedad nacional, en nada se consideraba su individualidad; y aun él mismo se creia destinado fatalmente al sacrificio de su patria. Si nos remontamos hasta la sociedad política, encontraremos asimismo el despotismo mas absoluto: veremos á los reyes deificados, y á los súbditos esclavos; ó veremos en las democracias turbulentas, facciosas y salvajes á los grandes oprimiendo al pueblo, ó al pueblo tratando de oprimir á los grandes; siempre en eterna lucha. Para concluir, veremos á toda la humanidad, no como una gran familia de hermanos, sino cual la imagen que ofrece un campo de batalla, disputado siempre y ocupado á su vez por el mas audaz y poderoso. Guiados por el instinto de la unidad, y arrastrados por una ambicion insaciable, todos los grandes conquistadores pretendieron sojuzgar la tierra entera. Nabucodonosor, Sesostris, Ciro y Alejandro, probaron realizar una opresion universal; y si no lo consiguieron, fué porque les faltaron los medios, pero no la voluntad.

Algunos aventureros, sin embargo, se reunieron para fundar una ciudad, que por una especie de prevision de sus destinos se llamó *la fuerza*. Poseidos de un espíritu atrevido y emprendedor sus fundadores, concibieron el pensamiento de realizar la obra que no pudieron llevar al cabo los antiguos conquistadores. Tal pensamiento, que de la cabeza de un hombre habia pasado á la de una ciudad, y muy pronto á un gran pueblo, tomó cuerpo y vida, y no volvió á morir. Roma continuó la tarea con una perseverancia asombrosa y con una inteligencia admirable sobre el uso de la conquista. Roma, afortunada en sus empresas, derramó sus legiones por

todas partes y todo cayó bajo sus armas; y las naciones vencidas y humilladas, vinieron sucesivamente á prosternarse á sus piés, encorvadas bajo su yugo; y un dia en la persona de su emperador, subió al templo de Jano y cerró sus puertas. La tierra vencida por su poderosa mano no osaba agitarse, y resignada, se prestaba á vivir en la paz de la servidumbre universal. Entonces Roma embriagada de entusiasmo, entonó un himno de triunfo, y por la melodiosa voz del poeta cantó: "Dióme un imperio sin límites." *Imperium sine fine dedid.*

De esta manera fué cómo la libertad, arrastrada por móviles funestos, y colocada fuera de las condiciones de su legítimo ejercicio, descendió rápidamente, despues de haber perdido la noble paz, la felicidad pura de la sociedad moral, ó la edad de oro, hasta la innoble voluptuosidad, hasta la calma degradante, hasta la inmovilidad afrentosa de la sociedad material, en las estrechas veredas de la edad de hierro.

CAPITULO V.

Como un nuevo reino que habia sido anunciado y era esperado,
habia de ser el que destruyese el reino de Satanás.

Anarquía moral, sociedad material; hé aquí el estado de la sociedad. ¿Para llegar á él era para lo que Dios la habia hecho libre? ¿Y para esto la libertad vagando á la ventura, precipitándose como insensata en todo género de excesos, habia de merecer, por una justa represion, que se la encadenase como á una vil esclava en sus formas visibles? ¿Su suerte se habia fijado definitivamente? ¿habia tocado su última perfeccion? ¿y el reinado del capricho y de las pasiones, templado por el terror del sable, habia recibido su sancion para siempre? Los pueblos no lo creyeron. En tanto